

Toda vitalidad no es más que trabajo útil del organismo, en función de conservar y crear lo necesario para convivir, y tener salud, o enfermar, invalidarse y morir violentamente.

Tan imposible es la civilización sin el trabajo productor de riqueza, como la capacidad orgánica sana, robusta y duradera para practicarla, sin alimentarse y reunirse formando asociación matrimonial y profesional.

No existe en el vivir socialmente más que la Sanidad constituyendo: el centro de partida y de llegada de nuestro mentalismo, la armonía de lo *uni* y *pluri* personal, la copotencialidad productora de riqueza, la compenetración de aspiraciones legitimables en público, el *summum* de la educación idealizadora, que combina la autoexperiencia con la Enseñanza histórica.

El saneamiento mental ha de proceder a la higienización del trabajo intelectual y mecánico. Donde no alcanzan las reformas se sufren violencias recurrentes de capital a trabajo, de directores a dirigidos, de inteligentes a zafios (*skillful*, a *unskilled*) de carácter amable a modales repulsivos del interesado en trabajar para vivir, que en suma se reduce a respetar al prójimo como a sí mismo y atenerse a la realidad vital de la convivencia pacificadora, cordial, tolerante.

Cuanto más se mecaniza la producción de riqueza material, mejor se objetiva la intelectualidad del operador economista-biólogo, que inventa y perfecciona algo en defensa del instrumental viviente, y así es el científico colaborador sanitario, en la obra social común, secular y perpetua.

El saneamiento del trabajar social, es pura, exclusiva cuestión de cultura mental libremente practicada.

Lo que no se logre sensibilizando la intelectualidad procomunal, en provecho directo e inmediato del operario productor de efecto útil económicosocial, jamás se alcan-

zará legislando, reglamentando el trabajo, si se toma otra orientación que la sanitaria pacificadora.

Justipreciar la salud individual del productor de riqueza, comienza ahora a ser cuestión *princeps* para los analistas biosociólogos, en especial eugenistas, y no es de extrañar que estén remisos, distraídos, indiferentes, contrariados algunos publicistas a cubierto de la fatiga, la estrechez, la amenaza del enfermar e invalidarse, y con ellos la masa de parásitos, todavía intermediarios, que contraponen el Estado y la Nación, el capitalismo y el obrerismo, la virtud y el bienestar, la verdad y la cordura.

La higienización de la mentalidad, peculiar, si no privativa, de los estadistas-gobernantes, es obra de la Crítica científica, laborante cada vez con mayor independencia de observación y experimento pansanitarios, integralmente pacificadores.

Evidencian el adelanto social contemporáneo en el último hemisiglo, respecto al trabajo, la creación de Entidades u Organismos e Instituciones (1) de nueva formación, estrictamente sanitarios por su finalidad pacificadora, porque modifican con criterio liberal y democrático las relaciones antiquísimas entre el Estado y el ciudadano, el individuo y la colectividad.

En la Legislación, la Administración, las Costumbres, las Profesiones, influye lenta y progresivamente la Biología, creando un efectivo sector o zona neutral sanitario en el que se ahonda el Análisis de la vitalidad racial obrera desde todos los puntos de mira sociogénicos, y por esto se eliminan muchos convencionalismos oscurecientes de la verdad, en cuanto la producción de riqueza ha de subordinarse a la salud del que la produce, antes, y mejor que la de los intermediarios, explotadores, distribuyentes, peritos, funciona-

(1) Instituto de Reformas Sociales, Cámaras de Comercio, Tribunales Industriales, Sindicatos patronales y obreros; el Arbitraje...

rios, en Hacienda, finanzas, transacciones, crédito, balanza mercantil, presupuestos...

Puesto que en síntesis el trabajo humano es empleo de potencialidades naturales a un fin social predeterminado, habrá perpetuamente categorías entre los que lo realizan, por el grado de intelectualidad necesaria para lograr el efecto útil propuesto. No obstante, como no puede existir la civilización sin la solidaridad en el operar, construyendo lo necesario, conveniente y aun superfluo para la paz, el bienestar, el adelanto y sus derivados, de ahí la relatividad continua de las categorías *inter et intra* sociales — en su origen y su finalidad — unificadas, concéntricas, sanitarias.

Es llegado el tiempo de afirmar que la Sanidad, no la riqueza, es la súprema idealidad civicultural.

El estudio de la Historia Crítica del trabajo productor de riqueza, en el doble respecto de Economía y Sanidad obreras, se agranda rápidamente, de suerte que intentar la síntesis tecnológica del internacionalismo pacificador, exige la formación de Tratados muy extensos de Sociología práctica.

No basta preocuparse de la riqueza vital de los obreros, es muy urgente fomentarla socialmente en el ámbito de la paz.

Urge muchísimo en Biología sanitaria que los legisladores, magistrados, gobernantes, asesores, auxiliares, llamados a hacer obra de paz social, saneadora o de cultura racional, sean peritos competentes en Historia Natural del Universo, para poder actuar como sociólogos activos, abnegados, constructores de cosa perdurable, que los antropólogos helenos conocieron, uniendo la Descriptiva y la Crítica de la convivencia humana pacificada, en sus inmortales sentencias aforísticas y tratados sociológicos.

Con la internacionalidad de la Ciencia, ahora como nunca, va la del trabajo; pero la actual guerra multinacional prueba que la locura agresiva, conquistadora, imperia-

lista, egolátrica, sacrifica millones de combatientes empleando los agentes destructores perfeccionadísimos, de suerte que se ha creado la «nueva Industria de la matanza», para exterminar rápidamente al enemigo, subsistiendo así el caudillaje monstruoso de Alejandro, Xerjes, Darío, Atila, Napoleón, que en vano lucharon contra la libertad de los pueblos inteligentes y sostenedores de su independencia autonómica.

Si la Economía Sanitaria, en fuerza de ser expresión de la Ciencia constructora de civilismo pacificador, no predomina, y no opone en absoluto a las «Artes destructoras» el veto legislativo, negando las fabulosas sumas exigidas por ellas y expurgando los presupuestos nacionales de gastos homicidas, para acabar con las conquistas militares, es evidente que el gregarismo persistirá en muchas naciones, y reduce la civilización a cosa frustránea, a merced de oligarcas cuya normalidad mental es ínfima, y lindante con la vesania orgullosa, persecutoria, sanguinaria, místicofinanciera, cesarista de nuevo cuño, despiadada, brutal, retrogradante al salvajismo y la barbarie.

El trabajo destructor de ciudadanos y negativo de la libre formación de nacionalidades democráticas, ha de tenerse algún día como infamante, deshonoroso, estúpido, contraproducente, porque en vez de garantía de Sanidad, es manantial de enfermedades y muertes evitables, y combina atrozmente el asesinato y el suicidio colectivos.

Si la división del trabajo es ley absoluta de la producción de riqueza, la liberación del que lo ejecuta voluntariamente, será Ley positiva internacional, cuando los pueblos progresivos se convenzan de que la Economía cívica es mera derivación de la Higiología cultural.

I. V. V.

Barcelona, 8 de Octubre de 1916

VI

ASOCIACIÓN

TRATAR de la Asociación humana en una Monografía, limitada ésta a exponer en forma de Conferencia única tan vasto estudio, excusa ya indicar por anticipado las dificultades que han de vencerse dentro de un Análisis biosanitario abreviado, pues al anunciar el Tema aparecen los obstáculos numerosos englobados en esta sección de la Higiología social histórica.

La acción y el efecto de reunir, juntar, combinar, cooperar, mutualizar los ciudadanos, *sponte sua* (1) por modo voluntario, conscio, reflexivo, sus ideaciones y emociones, es evidente — al más somero tanteo de Análisis sociográfico — que integra tal hecho colectivo de consociarnos, la manifestación suprema del civilismo de cada pueblo, para el mejoramiento de las agrupaciones demóticas o culturadas.

Es hora ya de no admitir dualización alguna en la investigación de la causalidad por la que nos consociamos, y rechazar las aparatosas e inútiles disquisiciones respecto a los instintos y los sentimientos, suponiendo la existencia de una doble corriente formada por esas potenciales en perpetuo conflicto, a modo de estímulos contrapuestos, unos *a Natura* otros *a Societate*, en continua oscilación, por

(1) De su propio motivo o movimiento, de sí mismos. (Cicerón.)

ser un hecho de equilibrio inestable la vitalidad de todo ser organizado y la persistencia de los pueblos civicultos.

Si la finalidad humana más elevada es la unificación de los esfuerzos racionales, para auxiliarnos en todo momento, procurando defender nuestra vitalidad comunalmente concentrada en el *demos* o la ciudad, no debemos divagar por más tiempo atribuyendo a la animalidad los instintos y a la mentalidad los sentimientos, puesto que ningún adelanto útil ha resultado durante veinticinco siglos de filosofar dualizando nuestra especial manera de asociarnos, que nos distingue del resto de los seres vivientes en comunidad circunscrita o esporádica.

La ahora denominada doctrina monista o unitaria — sirva o no para formar escuela científica y filosófica — representa un enorme esfuerzo colectivo del pensamiento libre de trabas, al inquirir los móviles de nuestra actuación, comparándola con la de los cuadrumanos y la del resto de las especies vivientes en grupos locomóviles o fijos, desde su nacimiento a su muerte.

Para aclarar la razón de ser de nuestro asocionismo, evolucionando de zoovegetativo a humano, tienen grandísima transcendencia los modernos y contemporáneos estudios experimentales de Historia Natural y de la Antroposociología, que comprende la Geognosia y la Paleografía, pues con ellos se logra en nuestros días «fijar el sitio del hombre en la Naturaleza», pasando de *troglodita* o de las cavernas, a ciudadano universal, y sus vicisitudes migratorias colectivas durante incontables siglos, hasta llegar al civilismo oriental africano y asiático de Caldea, Asiria, Egipto y la India, o grandes troncos genealógicos primitivos de la época llamada Protohistórica al terminar la Prehistórica (1).

Ahora pueden aprovecharse innúmeros estudios de Etnología, o de las Razas, para compararlas entre sí, seña-

(1) Época primeramente historiada (*proto*) y la anterior a ésta, sin historia.

lando los orígenes de las relaciones establecidas por vecindad próxima, y por incursiones belicosas de pueblos procedentes de localidades muy distantes.

Las necesidades de la alimentación por el pastoreo, la caza, la pesca y el cultivo agrario, explican los móviles fundamentales de la agrupación utilitaria de los individuos formando familia sedentaria — más en determinadas islas que en los continentes —, pues en éstos el comercio y la guerra son mucho más fáciles y rápidos, contando por siglos la Historia de las Naciones, o los troncos y ramas del árbol genealógico racial en las llamadas cinco partes de nuestro planeta.

Sin admitir las divisiones convencionales de pueblos pacíficos, guerreros, comerciales, industriosos, agrícolas, sedentarios, migratorios..., no obstante, precisa fijar la atención en la rapidez y la lentitud de los progresos demóticos o civiles de cada grupo, y en el desenvolvimiento mental de sus directores sabios y eruditos, en tanto que legisladores y gobernantes, ahora titulados estadistas, jefes de partidos políticos, capacidades en Ciencia y Arte sociales, profesores y maestros de culturación mundial.

Fuera tarea vasta y ardua analizar la capacidad mental de los grupos étnicos europeos, americanos, afroasiáticos y oceánicos, con el propósito de establecer categorías, relativas siempre, en cuanto a aptitud de las colectividades para crear, inventando, y para imitar, copiando, que es decir portarse como idealizadores que subliman la emotividad, sintiendo la necesidad de separarse de los salvajes y bárbaros por obra de razón propulsora y cultural.

Explicar el civilismo por instintos y sentimientos en continuo vaivén, mixtión, combinación, y también lucha, contraposición, antagonismo, no cabe duda que es perder el tiempo, y abandonar la experimentación comparativa para repetir con logismos neoclásicos las antiguas sistematizaciones debidas a la erudición tolerada por los

gobiernos temerosos de la verdad demostrada científicamente.

Ínterin la sabiduría no ha sido libre y la experimentación tecnológica no ha alcanzado el grado de independencia necesaria para ser la verdad de dominio público, no pueden cesar, ni siquiera minorarse, los errores, equívocos, subterfugios, convencionalismos que en último resultado van a concretarse en aforismos, sentenciosos y vulgarotes, verbigracia: «el hombre es eso que todos vemos»; «es un animal racional», Aristóteles; es un animal de costumbre; un compuesto de cuerpo y alma; un enigma; un antropoide perfeccionado, juguete de la fortuna, víctima de los hados, el acaso, el destino...

Cuando las definiciones sobran y son inútiles para conocer lo que conviene saber, este fenómeno puede explicarse por un vicio de origen en la ideación, mal fundada por suponer sabido lo ignorado, y esto acontece al describir los móviles de los actos asociativos refiriéndolos en junto al instinto y al sentimiento, a lo material y a lo espiritual de nuestro organismo transitorio, deleznable, perecedero, insignificante en la eternidad del Cosmos.

Además, si es cierto que la emotividad se aumenta y refina en nosotros por experiencia propia y notoriedad pública o historiográfica, en el fenómeno complejo de la asociación, lo predominante es la idealidad, baja, promedia, suprema, a que se llama capacitación mental, talento y genio, aptitud para conocer lo que somos, y lo que podemos ser formando colectividad racionalizante y culturable.

«Dime con quién andas y te diré quién eres»; «hacer de la necesidad virtud»; «saber es poder». En estas sentencias populares se expresan vulgarizados tres fundamentos básicos de la asociación racional voluntaria: el compañerismo, la experiencia y la idealidad, que es decir la conducta, el criterio y la inventiva, o funcionalismo completo

de la llamada «vida de relación» en cuanto no es sólo zoo-vegetativa «de nutrición y generación».

La observación y el experimento antropográficos, son hoy manifestación precisa de la libertad social analizadora.

Acompañarse formando sociedad conyugal, financiera, artística, profesional, honrosa, lícita, útil, conveniente, beneficiosa, laudable, es acción consciente natural, y también obra humana meditada, producto de razón, actividad sana.

El hombre siempre se ha sentido débil ante las causas mesológicas naturales, geotelúricas (tierra, atmósfera, agua) y los numerosos seres dañinos circunstantes (animales, vegetales, microbios), y ha buscado protección defensiva reuniéndose con sus afines, iguales, semejantes, más próximos por el *habitat* o sitio de residencia, al objeto de sumar energías y asegurar el éxito de sus empresas calculadas, de sus anhelos e inquietudes humanistas.

L'union fait la force en todo momento de nuestro convivir, protegiéndonos razonablemente, o por el contrario formando *camaraderie* pecaminosa, inmoral, delictuosa, punible y también agregado militarista, sectario, clandestino de ciudadanos, libremente consociados, y también por Ley positiva coaccionados a servir bajo un régimen disciplinario, arcaico, de excepción y privilegio y de obediencia pasiva mecanizada.

Las agrupaciones de individuos formando familias y éstas población, han de analizarse comenzando por el escalonamiento de los móviles, impulsos, estímulos más genéricos, naturales, intraorgánicos, continuos, ineludibles, que se exteriorizan de modo tranquilo y violento, según es fácil, difícil, imposible satisfacer la exigencia de necesidad visceral, sentida como deseo al principio, como fuerza irresistible después y al final siendo arrebató vesánico.

Es la nutrición la primordial de las funciones en todo

ser vivo, pues por ella se conserva la estructura de los tejidos y la composición y cantidad de los humores: savia, quilo, sangre, linfa, semen, saliva, lágrima, etc. De manera que, el alimentarse cada día implica el Derecho innato, inalienable, perpetuo, forzoso, perentorio de buscar y obtener comida y bebida suficientes para el funcionalismo de cada parte en el todo celular bioplástico, o substancia viviente, por orgánica y organizada de nuestro cuerpo.

Asociarse para no padecer el hambre, es defensa mental evidentiísima.

Del apetito al hambre no hay más distancia que la contada por horas, días y semanas de estimulación creciente mal satisfecha, llegando a muerte, y por estas gradaciones del incumplimiento de una ley natural de existencia, el ser humano sufre; enferma y muere—como cualquier otro—por un dinamismo célulohumoral, que empieza y dura como impaciencia, llegando a frenesí iracundo, agresivo, y terminando por canibalismo y antropofagia en plena locura, según acontece en algunos náufragos, y se observa en asilados, como orates o locos crónicos incurables.

Puesto que el hambre «hace perder el seso», es comprensible cómo el hombre salvaje, nómada, trashumante, por economía de esfuerzo y tiempo entró en colaboración con sus iguales *in stirpe* o parentela de raza, para poseer asegurado alimento vegetal y animal con la oportunidad requerida, y estar tranquilo teniendo disponible el «diario sustento», el «pan nuestro de cada día», la ración necesaria en calidad y cantidad.

La horda, el clan, la tribu y la *gens* son formaciones colectivas escalonadas por grados sucesivos de mentalidad ascendente, en tanto que alimentarse y engendrar eran y son necesidades elementales, continuas, ineludibles en todo ser semoviente, forme o no agrupación sedentaria, si bien las especies en proporción a la categoría anatómica relativa de su sistema nervioso central medulocefálico (espinazo y

cabeza) y ganglionar (visceral) (1), pueden formar Sociedad permanente, o limitada a la reproducción en primavera y verano.

Abejas, hormigas, castores, aves, reptiles, mamíferos, han sido estudiados muy a fondo durante la última centuria en lo concerniente a su sociabilidad centralizada y difusa, al objeto preciso de conocer muy objetivado el funcionalismo de cada grupo, atendiendo tan sólo a satisfacer la necesidad doble de nutrición y reproducción, y además la de asociación para el laboreo colectivo, cuya resultante es la fábrica metódica de nido, habitación, producto especial—miel—y la protección de la especie en la primera etapa de la vida, si la alimentación está a cargo de los genitores.

No ha de extrañar que en la animalidad entera la maestría de conservación egoísta, altruísta y mixta, los naturalistas hayan de afirmar rotundamente que procede la enseñanza de la nutrición, la generación y la elaboración de productos sistematizados, del asociarse las bestias con plan, regla, orden, finalidad concreta, protectora del individuo y también perfeccionante de la vitalidad del grupo.

Rigurosamente describiendo los fenómenos del imitacionismo evolucionando de bestial a humano, no puede afirmarse que: el hombre sea discípulo del mono, la arquitectura empiece en el castor, la confitería en la colmena, el tejido en la araña, los viajes en el itinerario de cigüeñas, golondrinas, codornices y mucho menos refiriéndose a los actos de mayor alcance, como son los de la cerebración, superiores, separables de la finalidad nutritivogeneradora tales como: el lenguaje, la escritura, el Arte, el culto religioso, la forma de gobierno, la Ciencia.

Lo que caracteriza el colectivismo evolutivo, es la inventiva creadora del Arte, como anticipación preparadora

(1) De entrañas y algunos tejidos, o nutricio-vegetativo.

de la sabiduría, de tal suerte que, siendo de momento unipersonalizada se expande pronto, formando la escuela de pensadores adoctrinados por el maestro insigne, a modo de padre, guía y modelo creador de la familia que, a título de secta propaga la cultura mental, enseñando a pensar y sentir libremente como «la patria del hombre es el mundo» y la fraternidad su mayor ideal, suficiente para pacificarnos, al odiar la guerra intestina y de pueblo a pueblo extranjeros.

Entendiendo por secta la mancomunidad de intelectuales propagandistas de la emoción ideogénica, fuera ocioso detenerse en la descriptiva detallada de las familias docentes — nunca guerreadoras — que en la *Hellas* o pequeños Estados griegos crearon el civilismo mundial ético, filosófico, médico-naturista, artístico, jurídico, económico, etc., partiendo de la contemporaneidad, con clara visión de lo futuro del vivir asociados y pacíficos, sanos y robustos todos los ciudadanos.

El compañerismo de los pensadores griegos llegó a ser fraternidad cordial, tan intensa y duradera que transmitióse por herencia mental a los romanos, con mayor extensión descriptiva y difusibilidad más amplia, por el alcance vastísimo del imperio de los tribunos y los césares, o sea las guerras de conquista y culturación de pueblos salvajes o primitivos.

La obra de unificación sistemática cultural emprendida por los intelectuales del Lacio o latino-helenos, enseñando a pensar y conocer las ventajas de la paz y la excelsitud de la libertad cívica, se malogró por las perversas pasiones de los gobernantes, brutales, autoritarios, ignorantes, caprichosos, víctimas de los vicios repugnantes, y tiranos de sus súbditos, cuanto más sabios menos tolerados, por resultar éstos enemigos del despotismo imperialista reinante, de la sed de placeres carnales y el delirio de grandezas de los opresores.

De tal época data la Legislación, reflejo de la sabiduría y norma de las costumbres públicas, y a la par la Literatura de las dos nacionalidades prepotentes, que hoy sirven de modelo de estudio antropológico, en cuanto se revela la civilidad de los pueblos por sus Instituciones fundamentales, garantizadoras de la libertad en funciones colectivas de pacificar enseñando y discutiendo todo lo humano-cósmico.

Así pudo decir un día públicamente el sabio varón (1): «soy hombre, y nada de lo que es humano opino serme ajeno» (extraño, impropio, indiferente, desfavorable, indigno, nocivo, etc.), afirmación valerosa, terminante, absoluta de la igualdad racional, para formar parte de la familia que investiga la causalidad unicéntrica, como necesidad de razón o mente colectiva, incompatible con principios falsos, pero legendarios, respecto a la sociabilidad, por ejemplo, este: «lo primero que Dios hizo en el orbe fué el temor» (2).

La más vulgar observación de los móviles naturales, si no espontáneos previos a toda causa exterior, es la simpatía amorosa, cariñosa, expansional instantánea y reflexiva, que se aplica a la persona — presente o no — con la cual nos comunicamos hablando y escribiendo, o por actitudes expresivas de nuestra ideación emotiva en forma de deseo voluntario y de acción consiguiente.

Es la constitución de la familia, contenida primero en el hogar, la casa habitada, la estancia—*lares, home* (3)—, luego más allá del domicilio — aldea, urbe, nación —, la mejor prueba mundial de no entrar jamás el temor en la causalidad de esa atracción por sexo y simpatía mutua — en general —, cuya resultante es la conservación de la especie seleccionada razonablemente y de los agrupamientos nacionales.

La noción de patria es más amplia que la de Nación,

(1) *Homo sum et nihil a me humanum alienum puto.*

(2) *Primum fecit Deus timor in orbe.*

(3) La casa (Horatio) en la Roma republicana e imperial, y en Inglaterra, hogar privado, familiar.

por ser aquélla invariable como hecho natural y comienzo de la acción mesológica material y cívica durante las primeras edades — infancia, niñez, pubertad, mocedad, o dos decenios — en las que si el temor interviene es atrofiante y desviador de las aptitudes ingénitas ideativa y emotiva, por lo cual se ha comparado la cultura nuestra al cultivo y la cría de los demás seres organizados.

Error funestísimo, duradero formando costumbre y hábito, ha sido convertir el miedo en factor sociogénico necesario para dirigir los móviles naturales y civiles en el sentido de aliar personas sin violencia alguna, solidarizándolas más de lo que la nutrición y la generación exigen impositivamente, pues la razón dirige estas funciones como no es posible en los demás seres vivos indotados de sensibilidad moral progresiva.

Ni la familia ni la Nación prosperan allí donde el miedo a los progenitores y los gobernantes es centroje de la interacción socializadora, por ser el temor cohibición que minora las iniciativas debidas al heredamiento orgánico, y achica el campo de la educación, hasta el punto de ser el terror pánico el grado próximo inmediato del temor de ofender, pecar, delinquir, errar, desobedecer, y así enajenarse uno y muchos ciudadanos formando grupos de imbéciles y de locos incurables, padeciendo la «*mono* y la *pan-tophobia*» (1).

Es fuerza llevar el Análisis de la mentalidad nuestra, que se resuelve en asociación intelectual colectiva — sectas y sociedades — hasta el último límite actual de la Historiografía crítica, para poner en evidencia las aberraciones mentales enormes sufridas por los agregados sociales, unos víctimas del terror limitado a su persona, y otros comunicándolo a sus convivientes, para alcanzar los inductores fines materiales, de dominación, privilegio, monopolio, etc.

(1) Un solo miedo, limitado. Todos los posibles referentes a sucesos, cosas, etc., también se llama «*panfobia*».

El mayor fundamento del temor es la ignorancia del prójimo. Por esto sigue siendo, casi a perpetuidad, el miedo a lo divino, sobrehumano, político, militar, gubernativo... un filón explotable en muchos terrenos o capas sociales, no obstante el progreso de la Ciencia directora de la cultura mental. Ésta enseña a conocer la realidad del vivir como seres racionales enamorados del estudio sosegado, objetivo de cada ser en su medio natural, y del ciudadano en un ambiente obra exclusiva de su razón liberada de: prejuicios, exageraciones, dualismos, farsas, males voluntarios, tanto más temibles estas causas morbígenas cuanto más añejas, y las peores seculares.

La credulidad del ignorante va unida al analfabetismo de grandes masas proletarias obreras, de la clase media ineducada y de algunos instruidos formando un todo, poco o nada preparado para solidarizar los estímulos externos, prefiriendo la Ciencia, y rechazando la tradición; en otros términos, ateniéndose a las enseñanzas de los doctos y liberándose de los farsantes utilitarios.

En esto consiste el atraso de las muchedumbres del salariado crédulas, suspicaces, desconfiadas, tardas en asociarse legalmente, y explotadas por quienes las seducen y engañan mezclando la cándida inexperiencia con el temor infantil de tantas víctimas de la rutina, cuanto más traidora menos vencible, como dueña y señora del vivir en la ignorancia millones de ciudadanos pacatos, asustadizos, indiferentes, resignados, refractarios a las innovaciones reformadoras, a pesar de serles algunas favorables de momento o en lo futuro.

Los explotadores de la rutina esterilizan, castran, deforman la aptitud mental colectiva, reduciéndola a una mínima expresión o anulándola individualmente de por vida, en todo lo referente a la asociación.

No tiene otra explicación la perpetuidad de los abusos del poder público, sordo y ciego al clamor de tantos des-

heredados de la fortuna, víctimas de la insociabilidad, por ignorancia del valor positivo, práctico de la fraternal amistad, que el compañerismo produce en todos los órdenes de la convivencia pacífica.

Urge admitir en Sociología la transcendencia de la realidad que tiene la discordia, como antítesis, antinomia o principios, leyes, opiniones contrarios y opuestos a la asociación, mancomunidad, colaboración, mutualidad cívicas, para fines nobles, honrosos, económicos, artísticos, científicos, en síntesis culturales y pacificadores.

Bien expresa la frase: «divide y vencerás» la obra nefasta de los gobernantes astutos y antipatriotas, retrógrados y obscurantistas, ególatras e infames, que conspiran contra la paz pública e imposibilitan la Sanidad multinacional, con limitaciones casuísticas de la libertad civil y prohibiciones caprichosas del Derecho de Asociación, porque temen la ilustración del ciudadano con opinión propia para conocer la verdad desnuda, sin disfraz, en crudo, tal cual es, como norte de la civilización y defensa racional en todo momento del vivir colectivo.

Los sembradores de discordia están coaligados para impedir la aproximación y el contacto de los interesados en reunirse razonablemente, sumar aptitudes, multiplicar esfuerzos y así mejorar por grados sucesivos la condicionalidad de las funciones interhumanas de «nutrición, generación y relación» *super animales*.

Difícil ha sido siempre distinguir la verdad de la falsedad en lo más íntimo o elemental de la mente creadora de Leyes, Ordenamientos, Pragmáticas, Rescriptos, Bulas, etcétera, aun en Naciones que han podido establecer la libertad de Asociación integral, ésta para todas las manifestaciones del civilismo.

Las Instituciones o «colección metódica de principios o elementos de alguna Ciencia o Arte», son necesariamente resultados de la mente colectiva, inteligente, empleada con

método libre, que utiliza la concordancia de opiniones supremas, para cumplir fines sociales de conservación y progreso étnicos.

Todavía se pretende por el vulgo *dilettante*, que es cierta en Sociología la necia afirmación: «lo mejor es enemigo de lo bueno», y esta atrocidad nunca se observa palpitante en la «Razón de las Leyes» como se ve en los Párrafos, Cláusula, Números de muchísimas Disposiciones Vigentes, que son contradictorias, inconciliables, ridículas, extravagantes, inaplicables, huera, farragosas, y así parece aceptable la afirmación: «el espíritu vivifica, la letra mata», expresando, a no dudar, cuanto difiere el pensar del sentir mientras establecemos normas para la vida colectiva racional, y procuramos disminuir los absurdos circulantes con visos de verdad.

Si lo mejor fuera enemigo de lo bueno, en cualquier aspecto de la idealidad emotiva sociohigiénica, quedaría reducido el progreso humano evolutivo a una negación absoluta, de lo que los hechos demuestran ser realidad, comparando el civilismo de un pueblo al través de los siglos, y el de nuestra estirpe desde la era histórica más remota.

El más allá de las aspiraciones útiles de uno y de muchos, nunca jamás se limitó a quedar encerrado, circunscrito, inmóvil, fijo, porque lo existente, siendo bueno, bastaba para satisfacer las necesidades sociales más apremiantes, sino que al contrario la inquietud impulsaba a buscar más relaciones de causa a efecto en las cosas y en las personas, para aprovechar las innovaciones cuanto antes, con o sin egoísmo.

El móvil o estímulo de asociarnos, para mejorar nuestras condiciones higiénicosociales, calculando a la ligera las diversas comunidades duraderas e influyentes en la mentalidad europea anterior y siguiente al descubrimiento de América, no puede el Análisis científico considerarlo escindiendo en dos la mentalidad progresiva, y dar a la ideación

y a la emoción un predominio aislable, comparativo, en el supuesto—falso—de impulsar al hombre hacia el mejoramiento de la vitalidad que posee.

Si algún signo externo de superioridad mental de individuos y pueblos está registrado en los Anales del civilismo, es el de aspirar a mayores y más seguras condiciones materiales, logradas por reunirse en grupos los conocedores de su impotencia personal aislados dentro de su localidad, y de las enormes ventajas debidas a la simpatía amistosa y al compañerismo profesional, para la obra común constructora de lo útil y lo agradable, cuya resultante máxima es el bienestar con y por la paz.

Fíjese por un instante la atención en el evidente fenómeno o manifestación de civismo mundial, que es la prioridad, bien probada, de la Poesía, madre psicológica o mental de la Religión, en la primera etapa del agrupamiento humano, más allá de lo nutritivo y lo genital.

Podría argüirse, que poetizar la vida no es mejorar lo bueno existente entre grupos salvajes y bárbaros, si no fueran la salud y la paz necesidades absolutas, perpetuas de civilidad duradera, que es decir de impulso ideomotivo adicional al acto de nutrirnos y perpetuar la especie, aumentando el goce con nuestro esfuerzo de la imaginación soñadora de mejores situaciones asequibles, comunicándonos con nuestros iguales sin violencia, ni intención dañina.

Al analista de la génesis y la evolución del asociacionismo se le presentan practicables dos grandes vías, para investigar las principales modalidades de la «unión que hace la fuerza» de los grupos, y son la hígida o sana y la anormal o patológica, la positiva, constructora de bienestar y la destructora homicida.

Más fácil es exponer la evolución higiopacificadora de nuestro linaje, empezando por la descripción de lo negativo de nuestra racionalidad, que proceder en sentido inverso, pues resultan más objetivadas: la aberración, la dolencia,

la monstruosidad, que sus contrarios y opuestos modos de ser: la normalidad, la salud, la perfección de nuestro organismo, o si se prefiere lo activo y lo pasivo en sociedad humana.

Describiendo las enfermedades y los crímenes se demuestra, con alguna brevedad, la funesta condición negativa del civilismo, retardado y destruído por la asociación de personas cuerdas y alocadas, que gozan de libertad para destruir a sabiendas y al acaso todo cuanto contraría o impide realizar los fines de su sectarismo, su reglamentación, su Instituto, unos secretos, casi impenetrables, otros públicos por entero y alguno mixto o *semi* manifiesto.

El espectáculo de la destrucción material y de la impotencia ideomotiva, debidas al colectivismo negativo, y la morbosidad contagiosa, es muy impresionante y vasto, como el de la construcción y la organización cívica, si reflexionamos los esfuerzos exigidos para crear y para arruinar las bases de la convivencia, núcleos de personas y de Naciones con ideales de paz predominante, a los de guerra y *viceversa*.

Un Análisis duplicado, y paralelo de los móviles de lo dañino y lo beneficioso a la vida civil, no sería difícil al exponer la causalidad de la paz y de la guerra comparando estas dos manifestaciones del colectivismo, respectivamente de afirmación y negación de sanidad social en auge y en decadencia.

El móvil agresivo hecho—por modo vario—popular, nacional, patriótico, pseudo-étnico, es contagio preciso, determinado por unión de personas formando entidad, tenida por intelectual, previsor, digna de dirigir con acierto el desarrollo de las aspiraciones progresivas; y así aumentar el bienestar común, enriqueciendo a todos los hijos de un país, pero prescindiendo de la Ética, cuyo primer «imperativo categórico» es «no dañar voluntariamente a nuestros semejantes».

La destrucción sistematizada de todo cuanto «impide

conseguir los fines sin reparar en los medios», tiene tantas modalidades cuantas son las tituladas pasiones, que, por abuso en la descriptiva se dividen en: grandes, pequeñas, altas, bajas, sublimes, rastreras, punibles, tolerables, públicas, secretas, instintivas, sentimentales, favorables, indiferentes, adversas a la asociación civil.

Si extremando los artificios de la descriptiva vulgar, sistemática, histórica, pudiéramos conocer mejor que nuestros antepasados la causalidad íntima del apasionamiento empleado para sumar y multiplicar potenciales ideativas concretas al civilismo, fuera laudable empresa contarlas y ordenarlas, a fin de marcar límites entre los móviles puramente humanos y los bestiales, probando en lo posible como «en la Natura no hay salto» y en la Sociedad sí, cuando nos asociamos mejor y peor que los seres titulados irracionales, más propiamente dichos subhumanos.

Es un recurso conveniente establecer diferencias *taxinómicas* (1) en el grupo de los *antropoides* y *hominidios*... y decir que «el hombre inventa y el mono imita», sin negar al precursor zoológico aptitud para aprender algo puramente imitativo, pero no constructivo. De ahí que a veces sirve de diversión pública en escenarios y barracones de feria el espectáculo de «monos sabios», caballos, perros, osos, focas, pulgas amaestrados en grupo, hasta el punto de repetirse la antiquísima controversia sintetizada en la pregunta: ¿tienen alma las bestias?

El deseo, el afán, la insistencia, la tenacidad que nos impelen a «sumar voluntades», para actuar razonablemente, y construir cuanto conviene a la conservación de ideales y a la salud colectiva, son evidentes al primer tanteo de Análisis social, y tales móviles mentales proceden del imitacionismo mecanizado, de la ejemplaridad del prójimo, pero éstos son inferiores a los de la autoinquietud propulsora,

(1) Parte de la Historia Natural que sirve para ordenar, clasificar los seres por sus caracteres objetivos de semejanza y diferencia.

no conformista, rebelde, atrevida, ávida de mejorar lo existente añadiendo y quitando elementos, en busca de utilidad, que pase de problemática a hecho objetivado y público.

La suprema aspiración del ciudadano es «tener personalidad», y ésta resulta de la unión de tres cosas llamadas socialmente «carácter, criterio y conducta», reductibles a dos, que son la «aptitud y la operatoria» de la mente, en conflicto dinámico o funcional con las energías y los actos del prójimo.

Toda nuestra actividad conscia, pensada y sentida, tiene una finalidad — bien o mal calculada — en propio provecho y sin daño ajeno, que corresponda a un plan antiguo, moderno y mixto, cuyas etapas intentamos regularizar tomando consejo de la experiencia o subalternando ésta a la llamada: inspiración, fuego íntimo, sacro, *raptus*, arrebatado, espontaneidad, *intus foris* — de dentro afuera — exuberancia, fuerza de desprendimiento que, en suma, se considera genio, talento, habilidad personal exteriorizada y útil al procomún.

En la operatoria resultante de la aptitud empleada para asociarnos civilmente, palpita un fin utilitario, que de muy antiguo se resume en la vida práctica con la frase: «aquél lo hizo que le aprovecha» (1); pero en cuanto una personalidad va acompañándose a otra y a muchas para obtener un resultado imposible sin la colaboración sujeta a cálculo y plan, la parte alícuota de beneficio en nada rebaja la calidad del móvil o impulso mental del iniciador y de los fundadores de una compañía, alianza, corporación, mutualidad...

El estímulo determinante del acto asociativo, en fuerza de su remotísima procedencia ancestral o de millones de siglos de vida humana, necesariamente está sometido a leyes de causalidad, naturales las de la nutrición o generación, o tróficas y sexuales, tenidas como fatalidad ineludi-

(1) *Ille fecit cui prodest*. «Antón perulero, cada cual atiende a su juego» o provecho, cuanto más inmediato y grande mejor.

ble para conservar individuos y grupos raciales. Las leyes positivas, obra exclusiva de nuestra mentalidad colectivada sintiéndonos mejorativos, y necesitados de idealizar la convivencia — al liberarla del temor y disminuir los prejuicios que le acompañan —, no pueden ser útiles ni duraderas más que cuando la razón se inspira en la equidad mutualizada, y en el provecho distributivo de aquello obtenido por el esfuerzo procomunal.

La vida cívica tiene, al parecer, muchas finalidades discutibles, con utilidad más o menos inmediata; pero la Crítica hace evidentes las que son esenciales y perentorias, colocando en primer término la Sanidad comunal, es decir, la adaptación nuestra al «medio natural», en virtud del «ambiente político» formado por las leyes promulgadas, las costumbres y los hábitos creados para reunirnos sin anularse el individuo en su grupo.

Así se evidencia cómo, por qué, dónde, cuándo surgió la asociación de defensa material y de mejoramiento civil, y ha evolucionado el esfuerzo de la mente en las muchedumbres, al conocer la absoluta necesidad de reunirnos ahora mejor que nuestros antecesores, adoptando lo bueno de otras épocas con adiciones, producto de la experimentación libre y de la Crítica científica.

La enfermedad, la invalidez y la muerte prematura actúan a modo de potentes focos lumínicos, cuya intensidad de penetración es evidente en todos los estratos o capas sociales desde los denominados «bajos fondos, sentinas, encrucijadas, laberintos, etc., de la mala vida», hasta lo más culminante, espléndido, embriagador, superabundante de riqueza y poder, pues tienen ambos extremos por término la muerte, según expresó ya el saber latino: «ella atraviesa, recorre, con el mismo pie las tabernas de los pobres que las torres (palacios) de los reyes» (1). Lo propio ha de decirse de

(1) *Mors æquo pede pulsat pauperum tabernas regumque turres.*

la enfermedad y la invalidez manifestando tantas negaciones del bienestar civil, concreto a la plenitud de vida robusta y fecunda. De ahí que nos concertemos por el método y los procedimientos adecuados, temiendo el sufrimiento y la impotencia debidos a la mala herencia vital y al ambiente morbífico, que comprende: el crimen, el delito, la viciosidad, el odio, la pereza, la envidia, la enemistad... con agudeza y cronicidad del padecimiento y la anomalía orgánicos sufridos.

Considerada la Asociación Sanitaria o civilizadora como causa y efecto de la mentalidad colectiva en auge, durante un período limitable en cada pueblo o nación, el Análisis forzosamente ha de comprender dos series de fenómenos, que son los de creación o inventiva y los de imitación o copia. No tiene importancia ni utilidad indagar, en forma paralela, cómo se compenetran los dos órdenes de estímulos mentales en el todo social, que avanza en cultura y bienestar, inventando e imitando; pero es obvio el mayor valor intrínseco del descubrir causas y efectos higiosociales, que del repetir la obra modelo, más o menos impuesta por imperativo exterior, con y sin creación.

En este punto céntrico del civilismo progresivo, el norte para el investigador analista es la libertad mental previa, disponible por el pensador que le facilitó la asociación de su ideogenia a la de los antecesores y contemporáneos en busca de lo ignorado, y estando convencidos todos de su pequeñez ante la enorme grandeza de lo desconocido o ignorado en Ciencia y Arte.

Usando en Sociología la palabra Asociación como la más genérica o típica, para expresar lo especial, contenido derivadamente en las reuniones de personas formando un complejo definido, no es posible analizar en pocas páginas lo diferencial y característico de cada agrupación, y marcar su influencia en la evolución del civilismo entero.

Familia, hermandad, corporación, compañía, gremio, sindicato, cofradía, mutua, cooperativa, Academia, Sociedad, Gobierno... son titulaciones aplicadas a individuos concertados voluntariamente, para alcanzar una finalidad racional, favorable en común, por virtud de una norma admitida, que contiene los derechos y deberes de los asociados formando una entidad.

En toda agrupación social es elemento prepotente la Economía de la operatoria precisa, taxativa, regulada diversamente, en atención a la finalidad concreta, que es razón de ser de la entidad relacionada con las demás dentro de la vida culta mundial.

A tanto llega la necesidad de sumar potenciales y de multiplicar esfuerzos metódicos, en todos los momentos del convivir sanos, laboriosos, pacíficos, y formar núcleos, mayorías, entidades creadoras de lo útil, conveniente, agradable, bello, consolador, benéfico, englobado en la Higiología integral, que el progreso de ésta queda registrado por sí mismo en el Catálogo de las fundaciones legítimamente racionales debidas a la iniciativa de un solo pensador o varios acoplados a tal fin.

Las entidades sociogénicas o creadoras de procedimientos de cultura y bienestar, pueden ser analizadas según el grado de filantropía o amor al prójimo, de altruísmo, abnegación, bondad, ternura, espíritu de sacrificio, nobleza de ánimo, generosidad, grandeza, altura de miras, buen corazón..., si el observador sanitario logra adquirir una inmunización de su mente contra los gérmenes del error ambiente en determinadas localidades demóticas, en las que los prejuicios imperan, son opuestos a la libérrima controlación de su fundamento y dan resultantes antisaneitarias.

Para emprender la descriptiva y la crítica de las entidades creadoras y protectivas del civilismo higioeconómico, es condición imprescindible proceder de lo superior a lo promedio e inferior, es decir, colocar la visual hacia lo pa-

norámico o la totalidad de la Sociología, y así no enfocar lo diorámico más que como elemento del conjunto o parte de éste.

No es exclusivamente la finalidad de la Asociación, lo que la caracteriza y distingue en Higilogía, sino además la norma expresa y racional de realizar colectivamente el hecho social.

Dificultades, numerosas muy variadas, retardan e impiden la formación de agrupaciones cuya finalidad es insuperablemente filantrópica, pero se limita su radio de acción cultural por ser su norma orgánica endógena o intrafuncional, poco acertada en lo referente a la naturalidad de las relaciones prefijadas entre los asociados y los demás ciudadanos.

En toda colaboración el elemento ideomotivo, a modo de eje central del sistema dinámico, por muy grande que sea su finalidad en el punto de origen y en sus direcciones prácticas, hartamente enseña la Historiografía crítica en los últimos lustros del hemisiglo XIX cuáles son las Asociaciones más acordadas con la naturalidad de nuestro organismo mentalmente progresivo, y cuáles van en contra de ella en todo y en parte.

Por un funestísimo error secular, los creadores de núcleos centrales cívicosanitarios más han cuidado de los problemas orgánicos íntimos de la entidad militante, que de los planteados por la *Natura*, sin calcular que éstos son perpetuos, si no eternos, y aquéllos contingentes, muy eventuales.

Pudiera expresarse este fenómeno de cultura desviada de la realidad, en cuanto al asociarnos para civilizarnos, diciendo que: «más se ha pensado en los moldes que en la pasta», no por ignorar cuán inseparables son en la vida el movimiento y sus resultantes, sino por empeño de presuponer conocidas muchas causas cósmicas, o del todo ignoradas o sólo explicadas por hipótesis, que no repugnan a nuestra razón inquisitiva y libre.

La diferencia entre cincelar y moldear cosas, existe también en el mundo de la intelectualidad social, y de ahí la mucha, poca o ninguna duración secular de las colectividades según el acierto de sus iniciadores y adeptos al proceder como biólogos naturalistas — no más ni menos — y crear obras perdurables como escultores, pintores, poetas, biólogos de la humanidad, no instrumentos adocenados de copiar—a sueldo, jornal, contrata por piezas y a destajo, *manœuvres* en el montón anónimo — consonantes, no vocales del Alfabeto social, que también consta de semivocales y diptongos.

La duración de las entidades o asociaciones que interpretan una modalidad del civilismo, puede servir de guía o índice para calcular el acierto que sus fundadores tuvieron en lo estatuido, como norma útil a la entidad, y provechosa para el pueblo de una Nación y de muchas. Además, en este tanteo analítico comparativo se ha de atender a las modificaciones que el ambiente haya producido en la estructura o constitución interna — secreta y pública — o por el contrario a la invariabilidad absoluta, considerada por los afiliados como el único signo del valor de la Institución, Compañía, Comunidad...

No cabe duda en este juicio crítico del reflejismo fatal existente entre el grupo de asociados y el todo cívico, pues siendo vital la acción de reunir para influir en el mentalismo ajeno, necesariamente no puede ser invariable la norma íntima que motiva la omogeneidad de los socios practicantes, formando milicia armada o no, en conflicto de contacto con la humanidad entera.

El prototipo, ya arqueológico, de la invariable rigidez, casi exclusiva, de la sociedad fundada por I. de Loyola—cuyos principios fundamentales no es aquí sitio adecuado para su examen completo — puede servir de modelo al analista dispuesto a comparar la influencia higiénica o saneadora genérica y específica de la misma, y las

Sociedades secretas en su muda realidad, con sus aciertos y errores.

Presuponer la igualdad de los efectos siendo variables las causas, aunque no sea sino en su modo de aplicación a nuestra mente, en la oportunidad de su empleo y muchas condiciones de lugar, tiempo, intensidad, número..., esto es evidentemente vicio de origen, latente o manifiesto, en lo más íntimo y fundamental de la idealidad constituyente de cualquiera asociación civicultural digna de respeto.

En la vitalidad de los pueblos aptos mentalmente, para conocer las ventajas más inmediatas y objetivadas de la coordinación que produce utilidad y goce combinados, hay evidentemente causas naturales perpetuas y condiciones transitorias poco y nada separables entre sí; resultando de ello la imposibilidad de organizar asociaciones adoptando normas invariables, que podrán serlo para solidarizar adeptos abúlicos o con voluntad servil y pautada, pero no tendrán adecuación práctica para aplicarlas al pueblo al cual se destinan.

En las *instituta, constitutiones, regulae, ordines*, etc., de las fundaciones seculares y regulares — presbíteros, frailes, monjas, hermanos —, el analista tiene vastísimo material de estudio crítico, libre éste de todo apasionamiento, para comparar las vicisitudes de cada grupo pietista, en su modo de ser limitado por la unidad de la centralización papal, y en sus relaciones con los organismos laicos o del Estado y del Pueblo formando Nación.

Existe en la Historiografía de las Comunidades religiosas un abundante caudal de datos utilizables, para señalar la «variedad en la unidad» de los organismos militantes — no claustrados como los cartujos, trapenses — dedicándose a la beneficencia, la enseñanza, la caridad y otras obras de misericordia, redención de cautivos, cultivo de la Ciencia..., pudiendo el analista observar la reciprocidad de la influencia existente entre los afiliados o las corporaciones y la masa

nacional en cada país de origen europeo y en el resto del planeta.

Considerando la finalidad educadora del ejército cristiano y su operatoria pacificante e instructiva, es evidente su influencia en el desenvolvimiento del civilismo, por mera propaganda de conocimientos útiles a la colaboración y la mutualidad en lo material y demótico de la convivencia.

No tiene importancia biosanitaria comparar detalladamente la prioridad del asocionismo místico y su alcance comparado con el utilitario o del interés ganancial, dado que los ideales no son separables de las emociones, como estímulos o fuerzas vivas y de desprendimiento, en toda nuestra operatoria mental denominada psicológica, anímica, etc.

Las necesidades de la vida, en comunidad educable, no dejan nunca jamás de ser mixtas, y tanta transcendencia higiosocial tienen los móviles emanados de los funcionalismos nutritivo y generador, como los de la razón conscia, porque son simultáneos e inseparables, y, en consecuencia, siendo numerosos los motores de nuestro asocionismo, el efecto útil es único, concreto a la posibilidad de existir prosperando, en cuanto logremos ser virtuosos o fuertes para no dañar ni ser viciosos.

Es un abuso, acaso irremediable, pluralizar aquello que en realidad es singular en las personas y las cosas, de suerte que se argumenta, discute, preceptúa y legisla presuponiendo la existencia de virtudes, vicios, intereses, afectos, apetencias, inclinaciones, simpatías, repugnancias... como si nuestra mentalidad para vivir consociándonos fuera comparable a una caja de pinturas, un mosaico, un kaleidoscopio, un *arcanum incommensurabile*... En verdad, es tanto más complicado y confuso tal dinamismo cuanto más se le subdivide *gratia arguendi*, para discursar a capricho, y aspirar el analista al título de erudito o a los honores de sabio.

En este modo usual de hacer investigaciones biosanitarias y pacificantes, se niega la unicidad de nuestra vitalidad en vías de socializarla con método adecuado, para no caer en extremos contraproducentes y morbíficos: «dando saltos en las tinieblas», «soñando Eldorados», «viajando por los espacios imaginarios», «nuevos Quijotes biotécnicos», «almas cándidas terrenales», «sonámbulos diurnos», y cuanto la incompetencia gárrula ofrece pretendiendo mezclarse con la Crítica.

Hoy el ideal concreto al asocionismo cívico, puede decirse que no desciende de lo alto o suprasensible ni se eleva de lo bajo o material; aristocrático y democrático alienta en todos los organismos sociales, mejorando su estructura y sus funciones, en beneficio de cada uno como parte alícuota del total, que es la humanidad.

A tiempos nuevos corresponderán formaciones sociomórficas originales, comparables con ventaja evidente a las ya existentes, y una de las sin precedente directo es la asociación «pacifista» o contraria a la guerra.

Los estudiosos, ayer formando familia y secta presidida por el maestro fundador de algo sociogénico, racional, filosófico, enaltecieron la personalidad del ciudadano libre, bastándose a sí mismo para conocer la *Natura* y los fundamentos de la «cultura», que humaniza al individuo cuerdo y le defiende contra: la ignorancia, el miedo, la coacción, la rudeza, el vicio, el crimen, en tanto este cúmulo de causas permanentes destruye la salud e imposibilita la paz duradera, según acontece en el siglo presente.

Desde el momento inicial de las asociaciones cuya finalidad no es la paz como ambiente de sanidad, bien claro se ofrece al biosociólogo el espectáculo de la brutalidad, selvática y bárbara, avasalladora y triunfante, sanguinaria y arruinadora de aquello que los pensadores logran construir colectivamente enseñando a conocer la realidad natural de

nuestra existencia, como seres racionales e individuos de una sola estirpe, miembros unificables en familia pan-cívica.

Aquí no cabe el Análisis de lo ajeno y contrario a la salud y la pacificación consideradas como elementos de una idealidad que no precisa sublimar con discursos, panegíricos, homilias, refranes, apotegmas, ni tampoco poetizarla rimando el pensar en forma de oda, canto, sátira, drama, apólogo — fábula —, etc., puesto que se necesita escribir *in folios* para detallar la Patología del género *homo* asociándose hoy — con poca diferencia y menor motivo que en épocas históricas del guerrear —, retrogradando siempre la mente colectiva y decayendo la robustez étnica o racial por la lucha armada.

No hay duda que en toda asociación, por nuestra finalidad racional, intervienen conjuntamente siempre la herencia próxima y remota de mentalidad étnica y las causas locales fortuitas: paz, sanidad, instrucción, prosperidad, inmigración, lo propio que las contrarias y opuestas.

Se heredan las cualidades todas formando la potencialidad de cada individuo correlacionada con la ajena, de modo que al muy activo se le llama: acentuado, sobresaliente, distinguido, capacitado, simpático, dotado de energía exteriorizada como civilidad constituyente, reformadora e innovante.

Aquello positivamente nuevo en cualquiera manifestación de mentalidad asociativa ha de ser un resultado del vigor heredado exuberante, comunicativo, que en confluencia con la opinión ajena predominante, choca con ella suave y violentamente, produciendo las reformas e innovaciones de mediana y grandísima transcendencia biosocial, en sentido de cultura y mejoramiento colectivos.

En juicio comparativo y contradictorio, con propósito de seriar los adelantos logrados socializando la actividad mental asociativa netamente sanitaria, existen dificultades

de gran monta, pues en cada modalidad innovadora, unas veces hay destello del genio creador, otras es efecto de erudición polisintética, y siempre resulta triunfo de libérrima energía autocrática que discute, coteja, demuestra, relaciona datos experimentales, no importa su procedencia, realizando así la función crítica, por la cual «el mundo marcha» y la Ciencia nos humaniza.

Todo sistema innovador o procedimiento de Asociación, tiene fundadores, consecutivos a los precursores o preparantes de la operatoria ulterior, del soberano mentalismo de quien logra dar cohesión a lo ideal y práctico de nuestro convivir, adelantando en: costumbres útiles, inclinaciones generosas, actos de civismo, empeños de colaboración mutuataria, innegable expresión de sana mentalidad civil, que produce inventos en Ciencia y Arte.

La reunión de individuos dispuestos a realizar obra colectiva, va necesariamente precedida de una idealidad emocionante, propulsora en determinada dirección del asociarse, para sumar «buenas voluntades», o fuerzas dispersas, vagas, imprecisas, que por no confluír dejan de producirse los efectos útiles para la multitud social necesitada de ellos. Por consiguiente, la génesis de toda asociación es de pura mentalidad, no tan solo clarividente, sino también enérgica y robusta, capacitada y apta para describir y generalizar aquello que interesa conocer a los congregados, en su provecho, y con aplicación a toda la comunidad cívica.

La excelsitud del inventor de algo, cuyas «ventajas» son obvias, de inmediata realización, permanentes o duraderas, igualitarias, asequibles con poco esfuerzo, simpáticas y utilitarias, se evidencia por sí misma, que si no inmortalizan en breve tiempo al afortunado experimentalista, le permiten a veces mejorar de «posición social», llegar a multimillonario, o ser lumbrera religiosa, profesional, le-gisladora, popularísima, casi heroica, titánica...